

PRI versus democracia

ANTONIO CRESPO

Cuando una dictadura militar da paso a una democracia, la élite castrense debe dejar el poder por completo, y el ejército regresar a sus cuarteles, para devolver la vida política a los partidos y los civiles. En el caso de un régimen de partido de Estado las cosas son diferentes; dicho partido puede reclamar su derecho a participar en las nuevas reglas democráticas, y a que se le respete un posible triunfo en ellas, si acaso lo consigue. Es decir, la democracia no exige, por principio, la desaparición o derrota de ese partido, sino simplemente el cambio de las reglas para contender por el poder, de manera que cualquiera de los participantes —incluido el antiguo partido de Estado— tenga la misma oportunidad de triunfar. Desde luego, si un partido estatal ha quedado muy debilitado, quizá no logre mantenerse en pie para competir en condiciones democráticas, pero ese será su problema. El pacto democrático consiste —o debiera consistir— en que el partido oficial acepte reglas equitativas en la competencia política, a cambio de que se le permita seguir participando en la justa democrática, con los mismos derechos que los demás contendientes (incluida la posibilidad de su victoria).

En México, desde hace algunos años, diversos líderes opositores y disidentes al régimen priísta han señalado que la democracia no podrá florecer en tanto el PRI esté en el poder. El hecho de que el partido tricolor haya sido uno de los ejes centrales del autoritarismo posrevolucionario, y sus esfuerzos por detener o al menos retrasar la democracia, ha llevado a muchos a esa conclusión. Los priístas se quejan —con razón— de que formalmente la democracia no debe definirse ni por la desaparición de su partido, ni por una necesaria derrota, sino por las reglas para acceder al poder. Si en condiciones inequívocamente competitivas el PRI pudiera seguir ganando la presidencia, en justicia habría que reconocer que la democracia electoral habría llegado ya, dando paso a un régimen distinto del priísta, aun con el PRI todavía en el poder. En realidad, en tales condiciones, el tricolor ya no podría actuar como antes —con absolutismo e impunidad— sino que tendría que rendir cuentas políticas y someter su desempeño a una periódica evaluación ciudadana. Pero no todos aceptan esa idea. Son muchos los que piensan que, para que surja una auténtica democracia en México, sin farsa ni simulaciones, el PRI debe dejar el poder. ¿Cuántos y quiénes son los que así opinan? En primer lugar, ha de destacarse que más de la mitad de una muestra nacional (54%) comparten esa convicción.¹

Evidentemente, los votantes del PRI aceptan en muy baja proporción que el partido de su preferencia deba ser derrotado para dar paso a la democracia. Pero en el caso de quienes sufragan por la oposición, la mayoría de los que así piensan es abrumadora. Los votantes panistas se muestran menos inclinados a ello, pero aun así dos terceras partes de los simpatizantes del blanquiazul ven incompatible un triunfo del PRI con la democracia. En el caso de los perredistas y los petistas, la proporción de los que así lo creen sube a tres cuartas partes. Y quienes declararon no sentir simpatía por ningún partido, creen menos en la necesidad de remover al partido oficial, aunque en menor proporción que los votantes priístas (44%), lo que refleja que la pasión política juega en contra del tricolor (lo que no es

sorpresivo). Es decir, la pretensión de los líderes opositores, en el sentido de que una derrota del PRI es condición para la democracia, no es predicar en el desierto.

Al considerar la zona geográfica del país, es en el occidente donde menos se considera esencial la remoción del partido oficial (42%), mientras que en la zona metropolitana esto es casi un acto de fe (76%), lo cual no es sorprendente dada su tradición opositora. La escolaridad resulta una variable muy clara en la explicación de esta percepción; a mayor escolaridad, más se ve al partido oficial como un obstáculo a la democratización, de modo que entre quienes estudiaron sólo unos años de la primaria, un 38% aceptan tal tesis, proporción que crece conforme aumentan los años de estudio, hasta alcanzar el 59% entre quienes cursaron un posgrado. Si se toma en cuenta la ocupación, los campesinos son quienes menos creen que la sustitución del PRI en la presidencia sea una condición indispensable para la democratización (35%), lo que puede explicarse en parte por su baja escolaridad; en cambio, los dirigentes públicos piensan en mayor medida que la alternancia tiene que ocurrir (67%).

Por otro lado, quienes votan aceptan en mayor medida la necesidad de una derrota priísta (56%) frente a los abstencionistas (46%). También, la predisposición en contra del PRI está claramente relacionada con el pesimismo económico; los que sienten que la economía mejoró, creen en menor grado que el partido oficial deba ser derrotado en las urnas para dar paso a la democracia (49%) frente a quienes piensan que las cosas empeoraron (58%), lo que no es sorprendente. Finalmente, tampoco es extraño que los que perciben un bajo ingreso tiendan a considerar como indispensable la alternancia en el poder como requisito de la democracia, que quienes están en mejor situación socioeconómica (pese a las diferencias de escolaridad), si bien no es el sector más bajo quien lleva la delantera, sino la clase media baja (58%), frente a los miembros más encumbrados de la sociedad (45%).

A los priístas les asiste la razón cuando defienden su derecho a contender en la democracia que se perfila en nuestro país, y a exigir que su posible triunfo en las urnas sea plenamente reconocido, en caso de darse. También tienen motivos de sobra para considerar injusta la exigencia de múltiples opositores de que el PRI deba ser removido del poder para aceptar la plena existencia de la democracia. Pero no pueden evitar que tal idea se vaya difundiendo como reguero de pólvora, y que probablemente se traduzca en una creciente votación en su contra. De alguna forma, están pagando la factura por haber retrasado sistemáticamente el avance democrático durante décadas. Ello, por más que el PRI hubiera aceptado algunos cambios dosificados en esa dirección, aunque no precisamente por una vocación inequívocamente democrática, sino precisamente como vía para prolongar, tanto como fuera posible, su agobiante hegemonía partidista.

1 "Cultura electoral y democratización en México", Movimiento Ciudadano por la Democracia, septiembre de 1997.

Investigador del CIDE y articulista del diario Reforma. Su último libro, ¿Tiene futuro el PRI?, Grijalbo, 1998.

¿Cree usted que en México no existiría democracia mientras el presidente sea del PRI?

¿Cree usted que en México no existirá democracia mientras el Presidente sea del PRI?					
	PRI	PAN	PRD	PVEM	PT
Sí	29	64	76	71	75
No	71	36	24	29	25
Total	100	100	100	100	100